

Utopía y praxis revolucionaria: las alternativas de José Martí para América Latina

Salvador E. Morales

*Le poète en des jours impies
vient préparer des jours meilleurs.
Il est l'homme des utopies.
Les pieds ici, les yeux ailleurs.*

Víctor Hugo

Si un texto puede sintetizar con exactitud y profundidad lo más conmovedor, avanzado y maduro del pensamiento y la escritura de José Martí, es, a mi juicio y al de otros muchos especialistas, su ensayo titulado «Nuestra América», el cual vio la luz por vez primera el 1 de enero de 1891 en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, que dirigía el general, escritor y diplomático venezolano, Nicanor Bolet Peraza. Pocos días después, el 30 de enero, apareció para los lectores de México, en *El Partido Liberal*, cuyo director era José Vicente Villada, en donde venía colaborando desde 1886.

«Nuestra América», como la célebre «Carta de Jamaica», suscrita por Simón Bolívar, son documentos que deben figurar a la cabeza de cualquier antología del pensamiento político y sociológico latinoamericano, pues constituyen genuinas representaciones de una reflexión acerca y desde lo más profundo y real de los problemas generados por la formación de estos nuevos pueblos. Son documentos para el análisis, la meditación, y por que no decirlo sin ambages, para el diseño de la política viva y transformadora, dada la perspectiva incitadora que encierra el entrelazamiento entre la función crítica y el impulso utópico.

Un primer acercamiento a la presencia de formas de pensamiento utópico en este texto de Martí - desde luego, en la acepción que se abre paso en las obras de eminentes intelectuales contemporáneos de nuestra América,¹ y no en el sentido descalificador presente en el discurso neoliberal y en la heterodoxia staliniana -, parte de la identificación de la *función utópica* en el nivel discursivo por cuanto ésta tiene de negación y afirmación simultáneas² y en el lado de la cotidianidad de la lucha política por crítica, como un referente interactivo,³ inherente a todo programa de cambio. Sería por tanto, una aproximación primaria desde estos ángulos, interesada en discernir las formas y funciones utópicas y el modo en que éstas han operado en tan alto protagonista en pensamiento y acción del universo americano.

Cada lectura de este memorable ensayo depara sorprendentes revelaciones. Más sorprendentes mientras más se hinca en su cuerpo el afán crítico y el desmenuzamiento conceptual. Una apreciable sensación de actualidad se revela en la inquietud que lo animó y el propósito que le guió al hacerla pública. A partir de ellos, trazó horizontes, propuso vías y emprendió marchas.

Para una comprensión lo más completa posible de las ideas fuerza expuestas por Martí con tan vigorosa y esplendente expresión, es necesario tomar en cuenta las vivencias más cercanas e intereses que las precedieron y modelaron. Desde luego, la exploración biográfica e histórica pudiera llevamos a revisar la totalidad de su vida y los nutrientes culturales e históricos del tiempo que le circundó para una exhaustividad explicativa. Sin embargo, a los fines del entendimiento que deseamos nos bastaría un recuento más escueto.

José Martí se había radicado firmemente en New York, Estados Unidos, desde agosto de 1881, luego de un fallido intento de establecerse en Venezuela. Su desempeño como corresponsal del periódico *La Nación* de Buenos Aires y otros periódicos hispanoamericanos, le forzó a escudriñar todos los aspectos de la sociedad estadounidense, a fin de dar a conocer a sus lectores una crónica vivida y abarcadora de la evolución de este impetuoso país. Evolución que venía suscitando un azorado interés en no pocos observadores. Con razón a Martí se le ha comparado con Alexis Tocqueville en lo que respecta al análisis de todos los peldaños de esa estructura sociopolítica. Nada dejó de ver y comentar: los grandes avances productivos y las trágicas crisis económicas, el ejercicio de las libertades políticas y la fraudulenta maquinaria electoral, el ánimo de reformas regeneradoras como la intentada vanamente por el presidente demócrata Grover Cleveland y la corrupta alianza de los republicanos con los magnates

empresariales que acumularon miasmáticas fortunas, no dejó de atisbar la rebelión necesaria y desesperada, soñadora y justa de los que hacían el trabajo en las fábricas, los campos y las minas, por una paga miserable, raíz doble de las acumulaciones millonarias y de los anhelos revolucionarios. Para todo acopió información, integró explicación y adjudicó juicios de indudable sagacidad.

La situación de Cuba había llegado a un *impasse* con el fracaso del último intento de expedición insurgente encabezado por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. A raíz de las crisis económicas que afectaron a la producción azucarera y tabacalera, más las medidas proteccionistas implementadas por el principal socio comercial de la isla, Estados Unidos, fueron revividas ciertas tendencias anexionistas. De igual modo, se movieron algunos sectores estadounidenses que apetecían los géneros de la isla, su mercado y la importante ubicación estratégica en el continente.

Periódicos norteamericanos debatían en torno a las direcciones de la expansión. Mientras unos intereses y grupos políticos alentaban los proyectos anexionistas hacia el Caribe y Centroamérica, (la onda llegaba hasta Samoa y Hawai) otros intereses, como medio de protección, agitaban temas peyorativos y de inferiorización racista.

Un conjunto de importantes acontecimientos en el ámbito de las relaciones internacionales americanas gravitaron decisivamente en la formulación del ensayo. Es decir, aceleraron su condensación y motivaron la articulación intelectual e ideológica que le confirió la presionante urgencia de una coyuntura muy especial. Pero no menor influencia en su composición desplegó el ritmo arrollador y deformante del proceso de modernización capitalista.

Desde luego, no pocas de las ideas venían madurando a partir de sus vivencias en tierras americanas - México, de 1875 a 1876; Guatemala de 1877 a mediados de 1878; Venezuela, de enero a julio de 1881- y de los estudios realizados acerca de su historia, literatura y arte. De no menor importancia era la atenta observación de cuanto en Estados Unidos, en donde se había radicado establemente, se decía, pensaba, publicaba, con respecto a la América Latina. Durante años contempló las relaciones entre ambas partes con inocultable aprensión. A Martí le ocasionaba grande irritación el manifiesto desdén imperante hacia los latinos, pero sobre todo a los mexicanos, por ser los más cercanos vecinos. Los estereotipos racistas fincaban las bases de una falsa superioridad en la llamada teoría del «destino manifiesto» de raíz calvinista.

En los comienzos de 1889 la cuestión de Cuba pasó a los primeros planos en algunos periódicos de Estados Unidos. Apenas había tomado posesión el nuevo ejecutivo republicano encabezado por Benjamín Harrison. El partido republicano, el de más claro contubernio con los magnates industriales, los amasados de inescrupulosas fortunas, fue llevado al poder para asegurar sus intereses sosteniendo las tarifas proteccionistas. A la Secretaría de Estado fue James Blaine, a pesar de que las simpatías del presidente se inclinaban hacia el senador Sherman. La maquinaria partidista y el apoyo de los millonarios le obligó a emplear a Blaine, quien tanto hizo en su favor durante la campaña electoral.

Este nombramiento animó al cenáculo anexionista en Estados Unidos. Una minoría de cubanos estuvo muy activa en cabildo con los políticos del Congreso y con los sectores que apetecían la expansión en el Caribe. Desde 1887 venía alentándose, bajo cuerda, la negra esperanza de incorporar a Cuba a la república anglosajona. A fines de 1888 y comienzos de 1889 la propaganda arreció. ¿Si Cuba era prácticamente una colonia comercial de Estados Unidos por qué, no apropiársela de una buena vez? Hacendados azucareros, empresarios tabacaleros, grandes comerciantes, preferían la anexión cómoda e incruenta a las vicisitudes y sacrificios de la lucha por la independencia. Ellos velaban más por sus intereses de clase y raza que por las aspiraciones de la naciente nacionalidad.

En esas circunstancias apareció un restallante artículo de José Martí en respuesta a las afirmaciones vertidas en *The Manufacturer*. Este periódico de Filadelfia, cercano a los altos círculos del Partido Republicano, expuso los elementos a favor para adquirir a Cuba: posición en el golfo mexicano, buenas bahías, capacidad productora de azúcar y tabaco, amplio mercado; y los que creía desventajosos: los españoles y cubanos no están aptos para ser ciudadanos norteamericanos, son indolentes, afeminados, de moral deficiente y los negros están a nivel de barbarie. La idea era adquirirla y «norteamericanizarla por completo». El artículo de Martí fue impreso inmediatamente en español con el título de *Vindicación de Cuba*. En él no sólo se rechazaba radicalmente toda idea de anexión, sino también se hacía una valoración de las relaciones entre las dos grandes secciones de América, a partir de los días de la lucha emancipadora cuando los republicanos del norte regatearon la ayuda que los independentistas hispanoamericanos esperaban y le reclamaban. Pero el mayor, énfasis, quizás la más poderosa razón del éxito difusivo que alcanzó, estuvo en la defensa argumentada de las capacidades de los nacidos en estas tierras,

todo un alegato acerca de su inteligencia, sensibilidad, entereza moral y patriotismo. Ideas embrionarias de sus exposiciones en «Nuestra América».

La respuesta fue todo un triunfo ideológico, pero mucho más lo fue, la exitosa movilización que generó en los medios de la emigración cubana y entre independentistas de la isla. Sin embargo, no logró abortar en un primer momento los planes en que parecían confluír a la mayor velocidad, la apetencia de los anexionistas angloamericanos con la sórdida venalidad de sus pares radicados en Cuba. La polémica estaba en todo su apogeo cuando Blaine puso en marcha todas las artes para hacer del convite a una gran asamblea de plenipotenciarios de toda América una oferta tentadora y halagueña.

Naturalmente, el giro retórico que se produjo con la llegada de James Blaine a la Secretaría de Estado suscitó sorpresas. Intentaba ofrecer, en la imagen confraternizadora de los discursos y de las entrevistas en favor de dicha reunión de las repúblicas americanas, fundamento para establecer mecanismos a fin de ventilar los litigios mediante el arbitraje y sentar las bases de una expansión comercial, un sistema de relaciones interamericanas en el cual el «hermano mayor» ejercería un rol hegemónico. La «idea congregadora inicial» se había pospuesto a causa del asesinato del presidente James Garfield y la subsecuente salida de Blaine a fines de 1881 del gabinete de su sucesor, Chester Arthur. El proyecto de reunión fue desempolvado nuevamente en 1886, después de que una comisión autorizada por el Congreso estadounidense recorriera diversas repúblicas suramericanas, para comprobar lo que ya era sabido: Estados Unidos tenía poca participación en las exportaciones de productos primarios de América Latina en formidable expansión. Las lanas argentinas, chilenas y uruguayas, el café, brasileño, colombiano, venezolano y centroamericano, el caucho, la plata, las carnes, el trigo, encontraban mejores compradores en Europa. Por supuesto, la capacidad adquisitiva ensanchada de algunos definidos sectores sociales en estos países orientaba sus importaciones de Europa, que a la vez respondía con facilidades crediticias y de transporte marítimo de las que estaban muy distantes los negociantes del Norte.

Estados Unidos veía con sumo interés el suministro de productos primarios para su propio desarrollo industrial y les engolosinaba el ensanche de la capacidad importadora de Latinoamérica como un medio de aliviar las secuelas de la superproducción de mercancías que lo había sumido en pertinaz crisis. Los problemas internos, la cuestión social, urgían de solución y ésta la veían en el control exclusivista del mercado continental, con la

esperanza de que la unión económica propiciada se tradujese en dominio político dentro del cual ejercerían indisputado liderazgo.

De este modo los intereses económicos acuciados por la renovación tecnológica, las fluctuaciones cíclicas del capital, la sublevación de los trabajadores, las ambiciones políticas de supremacía hemisférica y los torpes sueños del pueblo electo y predestinado, convergían como facetas ensambladas de una etapa de desarrollo muy bien definida como imperialista por los estudiosos del fenómeno que surgió a fines del pasado siglo.

El 18 de octubre de 1889 tuvo lugar la inauguración solemne de la Conferencia Internacional Americana, la primera en el prolongado y convulso proceso de constituir un sistema interamericano inspirado en los modelos ideales auspiciados bajo el lema del pangermanismo, el panlatinismo y el paneslavismo.⁴ A partir de esos proyectos confederativos, intentados desde el pasado siglo en Europa con los pretextos de semejanza racial, lingüística y cultural, fue emprendido el movimiento panamericanista. El término panamericana comenzó a ponerse en moda desde principios de los 80.

Desde luego, el panamericanismo impulsado desde Estados Unidos no tenía en su favor, teórica y prácticamente, ninguna de las comunidades invocadas por el hegemonismo prusiano o ruso. Al contrario, los países, de los cuales aspiraba ser centro determinante, poseían toda una gama de rasgos diferenciales que abarcaban no sólo el fenómeno racial, con un rico abanico de mestizajes, sino de orden económico, social, lingüístico, religioso, cultural y sociológico. El peso de las diferencias sobrepasaba en mucho las analogías, más superficiales que reales, en cuanto a sistema político.

No obstante, las necesidades del engranaje económico de Estados Unidos, dislocado por las innovaciones tecnológicas aún no uniformemente maduras, empujaba desesperadamente a la captura de nuevos mercados, y mejor, si estos fuesen mercados seguros, controlados mediante un puñado de tratados. De ahí que se plantease a los delegados un conjunto amplísimo de temas a considerar a una escala totalizadora impresionante, volumen que tendría atados a los representantes latinoamericanos a la mesa de debates desde mediados de noviembre de 1889 hasta el 18 de abril de 1890: arbitraje, unión aduanera, moneda de plata de uso común y forzoso, tratado de extradición, subvención a líneas navieras, ferrocarril interamericano, banco internacional, uniformidad de pesos, medidas, derechos de marcas y patentes, regulaciones sanitarias, entre los principales temas a tratar para su adopción.

Como es sabido, en el prolongado cónclave, los representantes latinoamericanos desempeñaron un cauto y discreto papel, no se comprometieron con acuerdos que pudieran rozar la soberanía o hipotecar gravemente el futuro de sus países. En el provechoso, y no pocas veces álgido debate, se produjo un intercambio aproximador entre los hispanoamericanos. Sobre todo en cuestiones como el arbitraje el manejo fue cuidadoso. No alentaron falsas ilusiones con respecto a la calificada por Roque Saenz Peña como utópica unión aduanera que facilitase el libre comercio. Se condenó la conquista de territorios, se mostró que la existencia de líneas navieras y ferroviarias debían más al esfuerzo latinoamericano que al aporte de Estados Unidos. Las actitudes asumidas fueron de notable prudencia, a pesar de ser estos diplomáticos representantes de los intereses oligárquicos dominantes en la escena de nuestra América, y como se sabe, proclives a la dependencia emergente.

No obstante, José Martí había quedado profundamente impresionado del paquete de apetitos que había revelado la agenda de la Conferencia. El programa aún incipiente no había avanzado nada, pero no cejaría en el Congreso, el Senado, la Secretaría de Estado, la prensa, 'en el tibio respaldo brindado por el mismo ejecutivo. Logró congelarse una iniciativa adversa a la real independencia de Cuba, pero ocho meses después salió de su pluma «Nuestra América».

Desde el siglo XVIII venía utilizándose la expresión «Nuestra América», de modo accidental, pero como una manera de enmarcar una identificación. Francisco de Miranda la empleó en varias ocasiones en un contexto político en que al sentido identificativo de la expresión se insinuaba el de posesión que envuelve el adverbio. En los días de la emancipación se popularizó la expresión en el lenguaje de los combatientes. José Martí la empleó de modo semejante por vez primera en un escrito fechado en México, del año 1875. Fue en Guatemala, durante el lapso en que allí residió, en que le otorgó connotaciones de especial polivalencia: desde luego, para enfatizar una identificación socio cultural-común, en el sentido de pertenencia, con no menor fuerza que el tono afectivo abarcador impreso en ella, más, sobre todo, por el carácter diferenciador que le atribuye para contrastarla con una América distinta, que no es la nuestra, la América anglosajona, la otra América. Política forma de trazar una frontera más bien sociocultural que geográfica. De este modo el ensayo «Nuestra América», venía a sintetizar, reivindicar, reconstruir y actualizar el magno proyecto de nuestra integración.

El ensayo ha experimentado diversas lecturas a lo largo de este siglo. No cabe duda que su análisis ha avanzado considerablemente en los últimos

tiempos. No solamente se observa la proyección imperialista de la cual se han tomado varias frases que han hecho buena fortuna en los textos revolucionarios de los recientes treinta años. El propio desarrollo de la investigación histórica y biográfica, el desarrollo técnico de las ciencias literarias, las recientes discusiones filosóficas y sociológicas, han contribuido a descubrir nuevos y valiosos aspectos de este grandioso documento, aspectos que revelan otra profundidad apreciable del pensamiento martiano e incluso realzan con mayor contundencia los planteamientos antiimperialistas dentro de una dimensión más vasta, el cuestionamiento de la dependencia y la modernización capitalista, el destino de los hombres, la función de la cultura y de los intelectuales en un ejercicio humanista de la política, que apunta hacia la propuesta de un futuro mejor, de armonías y equidades, que actúa como desideratum movilizador dentro de un plan revolucionario progresivo y progresista.

La modernidad capitalista

Generalmente se ha destacado la imagen previsor de la imagen previsor de la imagen previsor del ensayo como un dardo certeramente impulsado al corazón de la amenaza imperialista. Se ha identificado a los tremendos personajes de los «gigantes que llevan siete leguas en las botas» con el naciente imperialismo yanqui, de igual modo que la figura del pulpo y del tigre reiterada en el texto. Sin embargo, este protagonista simbólico contrapuesto a la imagen del aldeano vanidoso, de corta visión y de mezquinos intereses, sujeto histórico que «da por bueno el orden universal», con los cuales abre la escritura, sugiere algo diferente. Estos gigantes, tomados en préstamo elocuente de la literatura infantil, invocan a seres grandes, poderosos, que se distinguen especialmente por su velocidad. La velocidad es claro y apreciado atributo de la modernización capitalista en proceso acelerado de extensión de su predominio, aunque su eco llega desfigurado a la periferia del sistema. La velocidad en fabricar las mercancías abarata los costos y aumenta la plusvalía, la rapidez en llevarlas de un lado a otro es relevante facultad, y la prontitud de consumirlas. Velocidad económica, política, personal, militar, sexual, dan la tónica del reino del capital, de las grandes e impetuosas potencias capitalistas, del sistema que va peleando y engullendo mundos, sometiendo a los pueblos de hojas que «viven en el aire» al capricho de luces y tempestades ajenas.

Por lo tanto, «Nuestra América» coloca en la escena principal de su preocupación a dos comunidades humanas coetáneas pero en distintos

momentos de su evolución científico técnica. Los mecanismos y dinámica de un grupo de tales comunidades toman ritmo y fuerza más subordinante, emprendedor, sofocante, imponiendo una estructura de predominio y dependencia gradual y a escala crecientemente universal y otra totalmente pasiva, carente de juicio y perspectiva respecto al progreso recolonizador que animaba a las potencias capitalistas y sus derivaciones hacia el resto del mundo. Este «progreso», desproporcionado y desequilibrante, exige dos condiciones, una de orden teórico, la otra de eficacia práctica.

Antiimperialismo

Este poder arrollador aludido se objetiva en el más inmediato, impulsivo y violento: el expansionismo yanqui, indigestado por sus tradiciones religiosas, embriagado de sus mitos mesiánicos, urgido por su aparatosa modernización y las fluctuaciones cíclicas del sistema. De lo que es capaz había dado pruebas con la colmillada a costa de México, con sus intervencionismos en la guerra del Pacífico, mediante sus gestos de apetencia hacia Cuba, Haití, República Dominicana. No cabe duda que desea imponer su bandera de polo a polo. De todo ello brota la necesidad de ver con ojos diferentes opuestos a los de aldeano conformista, boquiabierto y vano los tiempos que se avecinan. Dice, más bien exhorta, armarse del juicio: «trincheras de ideas». Llama a despertar. A enarbolar ideas que congreguen, pero también a asumir ciertos imperativos políticos básicos sintetizados en dos frases hermosas, contundentes y batalladoras: «los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!». Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes».

Pasa del plural al singular más cercano y pujante: el gigante norteño. Frente a tal: *recuento, marcha unida, cuadro apretado*.

Recuento, es base teórica e histórica, saber, conocimiento, es fundamento intelectual, es lo ideal, condición necesaria de un proyecto que mueva a la decisión. *Marcha unida*, es antítesis de la disgregación, de la división, pero también es dirección, rumbo, norte. *Cuadro apretado*, es concentración de la unidad, cohesión política y moral, actitud de resistencia.

Esta es la base fáctica para una reorganización de la utopía bolivariana, para el resurgir de una integración defensiva, para lo cual se cuenta con más factores adversos que favorables. Aquí la función utópica está centrada sobre la libertad de cada pueblo, de cada nación, en los instantes que una etapa

de globalización del capital toca a las puertas de su periferia con la oferta de la dependencia, de nueva forma de dependencia que Martí urge a encarar con su *debe* ser diferente, alternativo.

Todo en junto, lo opuesto a un vivir aéreo, orientado y movido por las potencialidades periféricas, en proceso de potenciación dominante bajo la conocida faceta del fenómeno imperialista emergente a fines del pasado siglo. Fenómeno al cual alude dos veces como el peligro mayor, el tigre de afuera que asecha, espera, en colusión con la tigrada de adentro.

Progresismo

Martí no estaba contra el progreso, aunque el progreso de entonces fuera el atropellante y deshumanizador progreso capitalista. No fue ajeno a esos mitos, es más, lo consideró parte inherente al cambio anhelado, mas el hecho cierto y doloroso, de que los flamantes estados nacionales surgidos de la pelea contra el colonialismo hispano no lograron estructurarse con solidez por sí mismos, creaba una situación paradójica en su sentir. En cierta oportunidad anterior había intentado resolver la contradictoriedad: era necesario ser simultáneamente un hombre de su tiempo y de su pueblo, pero sobretodo de su pueblo, lo cual da la medida de su realismo político. Considera, pues, que el «ansia ciega de progreso» no marchaba a tono con la necesaria vigilancia, el fortalecimiento mutuo y previsor que impidiese a nuestra América verse forzada a integrar la dotación de «siervos futuros»,

Si se contrasta la idea de Martí con el concepto de progreso en las élites dominantes podrá observarse diferencias notables. Como dice Burns, este término «(sagrado)» de los discursos liberales de entonces como el de modernización ahora, entrañaba «admiración por los valores, ideas, modas, invenciones y estilos más recientes de Europa y Estados Unidos, además de un deseo de adoptarlos y sólo en raras ocasiones de adaptarlos. Las élites creían que 'progresar' significaba volver a crear sus naciones apegándose tanto como fuera posible a los modelos europeos y norteamericanos. Creían que sacarían algún beneficio de esta reconstitución, y por extensión, suponían que sus naciones se beneficiarían también. Siempre identificaron (y confundieron) el bienestar de una clase con el bienestar nacional».⁵

En cambio, Martí no se alinea con quienes rehusan ver o pretenden ignorar, enfermos de egoísmo o por perversión del juicio, el costo del crecimiento del capitalismo a expensas del sacrificio humano, sin medir el costo social o el

menoscabo de la soberanía de la nación. En pensamiento descamado y rudo dijo, quizás teniendo presente el convite abroquelador de Blaine: "y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo: preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, a andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que se le deje caer en el plato la riqueza temible». Cerró la idea de modo sentencioso y sentenciante: «Sólo perdura y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista con las propias manos».

De ahí que adoptase un criterio democrático del progreso en repudio al sociocentrismo del individualismo liberal burgués, como ideal de organización social para la América nuestra: «llegar, por todos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.» La función afirmativa, desparramada por todo el texto, adquiere aquí organicidad nuclear, simple, mediante la reforma constante del sistema realmente existente.

Conocimiento y previsión

A semejanza la mayoría de los hombres de liberalismo radical, de avanzada, del siglo XIX, atribuía un importante papel a la educación. Era partidario de la educación nacional, común a todos, al igual que Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, y como él consideraba imprescindible el conocimiento de nuestras peculiaridades como infraestructura intelectual necesaria para solucionar y guiar con el mayor mérito de originalidad y autenticidad. Conocer es prever, sintetizó apretadamente. Hizo suya la perentoriedad del conocimiento de las realidades americanas como basamento de la previsión, del pronóstico, tal como se dice ahora para establecer los lineamientos más apropiados a un proyecto de desarrollo nacional. De ahí que en varios párrafos fustiga a la corte de gobernantes desconocedores de los rudimentos que nos constituyen como pueblo específico dentro del conglomerado humano. Crítica que extiende hasta la mayoría de la clase política que puebla curules, gabinetes e instituciones estatales. Conocimiento que debe comenzar por el saber histórico desde los tiempos antiguos, en que los primeros hombres de este continente comenzaron a domesticar el maíz, la yuca, el frijol, la papa y tantas otras creaciones extendidas en la dieta planetaria: «La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse

al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.> El entonces herético parangón, no sólo expresa el imperativo de instruirse para el futuro desde el conocimiento del pasado, sino el de construir un pasado ausente, por omitido, incompleto, subordinado a otro elitista y etnocéntrico, mediante una recuperación adecuada a un futuro democratizador radical.

Desde luego, parece retomar el sentido maquiavélico de la historia como maestra de la vida, si sólo reparamos en el efecto educativo y en la capacidad escarmentadora evocada en otras referencias. Es de lugar observar la situación de sus expresiones: entre la significación del conocimiento para la previsión y las soluciones y la urgencia de reemplazar a una clase política mimética, ignorante del país, servil, por otra, de raíz nacional. La historia así colocada y considerada, alcanza una virtud combinatoria de identificación, saber, previsión, creación y actividad renovadora. Es decir, una base sobre la cual dotar la actividad político revolucionaria de realismo, luz y dirección. Construir esperanzas menos idealizadas.

Conocer es resolver, afirmó bordeando la otra ribera de la cultura, la virtud superior del hombre sobre la bestia, de planear idealmente aquello que ha de obtener mediante su trabajo y esfuerzo, fincado en la objetividad del estudio del problema planteado.

Hay una propuesta interesante en «Nuestra América»: «En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política». Encierra una sutil ironía, porque lo «rudimentario del arte del gobierno», no es más (ni menos) que «el análisis de los elementos peculiares de los pueblos». Conocer con profundidad. Por lo tanto, ni la ignorancia, ni la incapacidad, ni la mediocridad deben tener cabida en las funciones de gobierno. Las universidades latinoamericanas y caribeñas, entonces más que ahora, distaban mucho de ofrecer una base de conocimientos apropiados para dirigir a un pueblo que ignoran.

Estoy convencido de que Martí sería un firme partidario del método chino de selección de funcionarios como en las épocas de Confucio, de aplicar exámenes de idoneidad a quienes aspiran a ocuparse de los asuntos públicos de una región, de una provincia, de un país. La idoneidad de los conocimientos sin desdeñar un ápice la idoneidad moral en todas las escalas, deben ser requisito indispensable a toda sociedad que aspira a una organización, dirección y dinámica de los asuntos de la colectividad.

Creación propia

Todo el conocimiento que los americanos estamos obligados a acumular no tiene otro fin que el de ser creativos, mostrar nuestra capacidad de entender e inventar, tarea que Martí atribuye a la juventud por creer que en ella estaba un porvenir nuevo que desterrase para siempre la imitación servil, enajenante, defendida por las clases dominantes desde la colonia hasta nuestros días, con las aún débiles excepciones conocidas. A los imitadores ciegos les llamó simios. Fue entonces en el México polemista de 1875 cuando reclamó, a historia propia soluciones propias. En la Venezuela de Guzmán Blanco observó las evidencias miméticas en aquellas clases autotituladas superiores, que veían con ojos de hijo lo ajeno y ojos de apóstata lo propio.

Es precisamente, en este texto futurista donde blande con mayor fuerza la crítica al traslado mecánico de modelos foráneos, sea este traslado en materia económica, política, literaria o en modas y costumbres. La caricatura bocetada en estas páginas de «Nuestra América», suerte de Frankenstein hipermalinchizado, evoca un personaje de goyescas proporciones. Crear es la fórmula de pase. Crear es acto amoroso de fundación, aporte, contribución a la formación de la cultura universal y por tanto modo de hacerse respetar como pueblo maduro, capaz, que no necesita tutelados para trazar y andar su adecuado camino. Como pueblos también dispuestos a valorar y asimilar convenientemente las creatividades de otros grupos humanos diferentes. De ahí la validez inagotable del apotegma, «injértese al mundo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas».

Es decir, que el esfuerzo de ideación, de invención (como diría Simón Rodríguez) para generar instituciones, políticas públicas, de generar productos culturales o adecuar los ajenos, debe de partir de una relación rigurosa, auténtica, original, de la realidad nutriente y receptora, condición que generaría un proyecto, un horizonte, unas alternativas congruentes con lo posible.

Toda una renovación mental golpea como necesidad urgente en cada una de estas preocupaciones, a mi modo ver en ristre contra el reducto más tenaz de la colonización.

Los hombres con que cuenta

La composición de la base sociopolítica con que cuenta Martí está dada desde su inicio por exclusión: prescinde de quienes llama «sietemesinos», de los

sin valor, de los parásitos y extranjerizantes, de los avergonzados de su origen nacional, clasista y racial, de los renegados y delicados. Cuenta con el «hombre natural» (concepto que merece un estudio especial) que lleva bondad en sí, «acata y premia la inteligencia superior» siempre que no le dañe o humille. Como la colonia heredó a la república «el oidor y el general, y el letrado, y el prebendado» deposita sus esperanzas en los jóvenes capaces de crear desde lo propio y se alíen con «el indio, mudo», «el negro oteado» y el campesino. Es con estos elementos humanos postergados que pretende aquel estado de bienestar compartido en el doble plano del trabajo y la distribución, «estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas». Propone que los «políticos nacionales» - buenos gobernantes, «para gobernar bien»- reemplacen a los «políticos exóticos»; que se gobierne conforme a la razón, democráticamente: «la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros». Argumentación que le condujo a la afirmación de que «con los oprimidos había que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores». Es decir, democratización y bienestar compartidos que se condensaron en la función utópica del lema popular del Partido Revolucionario Cubano: «con todos y el para el bien de todos».

La salvación

La salvación la ve en unir a lo antes mencionado mediante la práctica de tres virtudes caracterizadoras de una correcta actividad política: «genio de la moderación», «armonía serena de la Naturaleza» y «lectura crítica». Que tal conjunto abra paso al hombre real que corresponda a los tiempos reales. El método propuesto es probar con el amor, crear, (otro par interactivo) relativizar las ideas absolutas, adecuarlas a los elementos naturales y que la libertad sea plena y sincera y abra los brazos a todos y adelante con todos. Esa es la estrategia martiana: «Estrategia es política». Y para ilustrar su concepción de las batallas políticas, metafóricamente advierte: «El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga los infantes, le envuelve el enemigo la caballería». Poética forma de aconsejar y criticar a quienes en el campo de la lucha se separan de la gente de «a- pie» de donde le viene la fuerza real a la oficialidad-vanguardia-dirección de la actividad social. No es casual que una línea más abajo lance otra condición necesaria:

«Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y con una sola mente». Y remata: «Bajarse hasta las infelices y alzarlos en los brazos». Todo su programa político está dirigido a buscar un consenso social para emprender las tareas inmediatas conciliando un futuro de equidad, con un método crítico de acercarse a él.

Ese mismo año de 1891 emprendería la fundación del Partido Revolucionario Cubano, dotado de un programa no sólo destinado a liberar a Cuba del dominio colonial español y emprender una mínima transformación inicial de sus bases sociales y políticas, sino también provisto de un ejercicio estratégico continental de obstrucción a la expansión de las nuevas formas de dependencia alentadas por Estados Unidos. Era éste un punto de partida activo para la puesta a prueba de sus ideales humanistas tan maduramente expuestos en el ensayo «Nuestra América». A diferencia de los utopistas tradicionales que buscaban un monarca o una autoridad para llevar a cabo sus teorías, el proyecto histórico de Martí, aterrizaba en un bloque históricopolítico congregado en torno a un partido político moderno, el Partido Revolucionario Cubano, iniciador de un camino hacia los posibles insertos en «Nuestra América», en donde se imbrica a inmediato plazo el problema geopolítico, el conflicto social emergente y la discriminación etnorracial.

Las huellas de las formas utópicas movilizadoras se encuentran atemperadas pero latentes en sus discursos, en los artículos del periódico *Patria*, pero sobre todo en la respuesta de los actores sociales que le dieron todo su respaldo en diversas modalidades.⁶ Es ahí, en ese punto que enlaza dramáticamente al poeta con el político en que la razón, el conocimiento, el pronóstico y los ideales coligados esbozan una alternativa revolucionaria deseable y posible.

Balance provisional

Estas son algunas temáticas principales que cruzan el entramado de ideas, de conceptos, de proyecto y críticas, que articulan al ensayo «Nuestra América». El lector del texto por sí mismo podrá comprobar el grado de justeza de los microanálisis ofrecidos, más para provocar la lectura detenida, meditabunda, que para poner muletillas dogmatizantes. Pero no cabe la menor duda de que mirada la función utópica en los planos abordados:

1. sueño de la no dominación externa o utopía de integración interlatinoamericana autónoma;
2. abolición de las distancias sociorraciales.

3. ejercicio y disfrute pleno del hombre. Tienen su telón de fondo en la crítica y rechazo de lo existente, apoyado en la recurrencia a una percepción desacralizada, democrática y descolonizadora de nuestra historia, bases realistas del pronóstico político, sustrato de inducción a la acción revolucionaria y repertorio de indicaciones transformadoras mediadas por la estrategia y la táctica derivadas de los sujetos sociales disponibles y capaces de engendrar movimientos. Es difícil, que un examen sincero no encuentre las agudezas críticas enredadas a los problemas candentes de nuestra contemporaneidad en tránsito hacia una próxima época de cambios revolucionarios.

Notas

1 Arturo Andrés Roig, Horacio Cerutti y Fernando Ainsa.

2 «El poder del pensar utópico se encuentra más en la negación que en la afirmación.» Arturo Andrés Roig, *La utopía en el Ecuador*, Banco Central de Ecuador/Corporación Editora Nacional, Quito, 1987, p. 55.

3 «Lo utópico proporciona conocimiento respecto de la realidad y su estructura valorativa interactúa con la cotidianidad. Lo utópico constituye así el núcleo activo, especulativo y axiológico de todo proyecto de la praxis.» Horacio Cerutti Guldberg, «¿Teoría de la utopía?», *ContraCorriente*, año 1, n° 2, oct.-dic., 1995, La Habana, p. 76.

4 Tratado ampliamente en mi libro *Primera conferencia panamericana. Raíces del modelo hegemónico de integración*, Centro de Investigación Científica, «Ing. Jorge L. Tamayo», México, D. F., 1994.

5 E. Bradford Burns, *La pobreza del progreso*. Siglo XXI Editores, México, D. F., p. 19.

6 «La producción de los grandes sueños movilizados es la única que permite poner en movimiento a las masas, arrancarlas de las creencias y rutinas hacia la historia acelerada. No hay cambio revolucionario sin un cambio paralelo del imaginario social». Fernando Ainsa, *Necesidad de la utopía*, Nordan Comunidad, Buenos Aires - Montevideo, 1990, p. 76.